



Barbuto, Marcelo A.

David Frisby, Fragmentos de la modernidad.
Teorías de la modernidad en la obra de
Simmel, Kracauer y Benjamín, Madrid, Visor
Distribuciones, 1992, 500 páginas.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Barbuto, M. A. (1996). David Frisby, Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamín, Madrid, Visor Distribuciones, 1992, 500 páginas. Revista de ciencias sociales, (5), 154-158. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1445>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

relación entre lo económico y lo social, puesto que no pueden existir obligaciones, como contrapartidas del nuevo contrato, sin sus correspondientes empleos. Es aquí donde se plantea el gran interrogante sobre la economía de inserción, ya que ni el mercado, a causa de la modernización, ni el estado, a causa del déficit, pueden crear las actividades sociales que impliquen la superación del *estado providencia* pasivo. Así aparece la noción de "tercer sector" o "economía intermedia", que asume una dimensión más social en tanto está ligada a la idea de inserción y no de productividad. Ese sector debe constituirse como un espacio de resocialización y reaprendizaje profesional.

Con referencia a los "sujetos" de lo social, los cambios societales nos llevan nuevamente a la problemática del pasaje de lo colectivo a lo individual. Aun cuando el *estado providencia* estaba bien organizado para tratar

los problemas relativamente homogéneos de grupos o clases, ahora debe encargarse de individuos que se encuentran en situaciones particulares, en razón de que los excluidos no constituyen una fuerza social ni tienen un interés común; son el resultado de los disfuncionamientos de la sociedad, indican la falla del tejido social. En este sentido, si los sujetos de la acción social ya no son clases sino individuos deben proponerse necesariamente ayudas diferenciadas. De este modo el *estado providencia* no puede ser únicamente un distribuidor de subsidios y un administrador de reglas universales, tiene que convertirse en un *estado servicio*, debido a que la meta es dar a cada uno los medios específicos de modificar el curso de una vida, de superar una ruptura y de prever un problema.

Alejandra Pasino

David Frisby,
Fragmentos de la modernidad.
Teorías de la modernidad en la
obra de Simmel, Kracauer y
Benjamin,
 Madrid, Visor Distribuciones, 1992,
 500 páginas.

Ya desde el prólogo David Frisby nos apunta su irremediable juicio. La lectura de la posmodernidad necesita de una prehistoria. ¿Y no se vería dicha prehistoria obligada a excavar los yacimientos de la modernidad? La tan mentada

crisis moderna no puede ser sólo declamada como fragmentación, como ruptura. La misma modernidad nos arroja hacia la eternización de la mercancía frente a la desintegración de la conciencia histórica. El autor nos llama a dejar por un instante lo nuevo, para recluirnos en las voces y los trazos del pasado. Ese pasado que sigue exclamando enajenación, mercantilización social, razón planificadora, razón adulta que cerca la marginalidad infantil del *trapero*.

¿Qué nos ofrece Frisby? Un diálogo. Tres críticos de esa modernidad construyen este diálogo. Tres enfoques que intentan dar respuesta a los supuestos de la modernidad. Esa difusa y fragmentaria constelación de apariencias. Responder ante los tribunales de las mitologías científicas. Atesorar en un instante la crítica a la dual razón moderna. Tres visiones de un mundo desencantado. El primer actor, Georg Simmel, plantea la crítica sociológica, buscando una teoría que diera cuenta de la diferenciación y de la fragmentación social. El segundo, Siegfried Kracauer (1889-1966) –alemán como el anterior y el tercero–, continúa de alguna manera la sentencia weberiana: *el dominio de la razón instrumental y las consecuencias del proceso de racionalización*. El último, Walter Benjamin, plantea una teoría de la modernización que *iba a tener*

posteriormente su fuente en la prehistoria de la modernidad. En suma, Frisby nos introduce en un diálogo inacabado sobre *los nuevos modos de percepción y experiencia de la existencia histórica y social que el cataclismo capitalista desencadenó*.

La obra de Georg Simmel (1858-1918) intenta rastrear desde la literatura como nuevo modo de hacer filosofía la individualidad del sujeto y su peculiar constitución desde sus representaciones. Las mismas que dan la respuesta adecuada a sus necesidades. Busca lo permanente, lo objetivo y, por así decirlo, lo categórico del mundo humano frente a la tragedia de la razón moderna. Aquella que engendra la cultura que a su vez se convierte en obstáculo y resultado de su existencia. *La vida que no se place a sí misma, la vida como río desbordado en forma de interminable corriente. El río que acaba por sobreponerse a todas las acumulaciones que a su mismo paso continuo forma la interminable corriente*. Tragedia de la dinámica eterna del pensar que atraviesa momentos en los cuales no se ve representada como subsistencia; pero bebe de ellos su influencia originaria. *Filosofía de la vida creadora como paso necesario para llegar a una concepción total del mundo y a una interpretación del sentido del ser*.

Walter Benjamin (1892-1940) se negó a emigrar a los Estados Unidos, decide adelantar su muerte

al verse acorralado en el sur de Francia por las tropas de ocupación nazi. Un apátrida que se presenta desde una filosofía compuesta por reflexiones e iluminaciones. Obras de arte, textos y ambientes. El arte de vanguardia expresa esa prehistoria de la modernidad. Origen utópico. Pasado histórico. Presente eterno. Presente que se diferencia de la mera repetición del arte y de la cultura burguesa. Cultura y arte permanentemente negados por el historicismo unidimensional. Le interesan las nuevas formas de vida y las nuevas creaciones del siglo XIX.

Los tres investigan las dimensiones sociales de la modernidad. Frisby las localiza: en primer lugar, la ciudad, las metrópolis burguesas; Simmel camina Berlín. Kracauer como Benjamin sale y la contrasta con París; en segundo lugar, las relaciones sociales capitalistas. Simmel hace hincapié en el proceso de intercambio y circulación dentro de la economía monetaria desarrollada. Kracauer destaca el proceso de racionalización de la producción y de las relaciones sociales, y Benjamin se centra en el proceso de intercambio y circulación de mercancías y el consiguiente fetichismo de la mercancía. Pero, ¿cómo explicar una sin la otra? ¿Cómo entender los primeros burgos medievales sin hablar de la nueva estructura social, del nuevo modo de producción que

engendran? ¿Cómo recibir en París las escuelas catedralicias, preludios universitarios de un saber racional tensionado por la teología? La Florencia de los Medici, la Flandes del comercio ininterrumpido. El nuevo hombre, el mercader portador del cálculo, nuevo señor feudal urbano. Como el señor Bounderby, esa caricatura dickeniana parida por la ciudad, expresión de la razón desprovista de sentimiento. Burguesía que vuelve a su punto de partida, vuelve a *la noche de los tiempos*. Modernidad que se medievaliza. Modernidad que se niega.

En Simmel la metrópolis aparece portadora de una red compleja. Laberinto de relaciones sociales, intercambios transitorios, fugaces y fortuitos que sólo requieren una participación de fragmentos de la personalidad individual. Es en este punto donde la existencia interior se constituye en el objeto de la investigación social, y queda formulada una teoría social de los sentidos y las emociones. Es en la interioridad, donde el individuo intenta protegerse del constante bombardeo al que es sometido, es esa distancia social la que funda el punto de partida de la innovadora sociología de las emociones y los sentidos. Detalles de la vida que componen *La filosofía del dinero*. Remarca Frisby, como sociólogo interesado en las formas de socialización e interdependencia, señaló a las colectividades

indefinidas que se reunían y desintegraban dentro del espacio social de la ciudad.

Kracauer da un paso más. En *Los oficinistas* su análisis es el del arqueólogo. Es más preciso y amenazador. Traza la lectura de los jeroglíficos sociales que la ciudad engendra, en ese *bosque de símbolos*, trata de poner al descubierto los fragmentos de una experiencia perdida que hay que reconstruir. *Imágenes expresivas semejantes a sueños*. Benjamin lo llama el *trapero*, aquel coleccionista de imágenes fortuitas, de creaciones fortuitas. Enfrenta al materialismo del capitalismo y a la consiguiente expansión de una forma limitada de la razón instrumental, a su cara oculta: el empobrecimiento de la individualidad. De manera que centraliza su análisis en las esferas aparentemente poco influidas por este proceso de racionalización. Ve en los átomos desprovistos de sentido el cemento que constituye la modernidad. Sale al rescate de los *patios traseros de la sociedad*. Como muestra Frisby, Kracauer negaba el optimismo recluido en el arte individual de Simmel; por el contrario, para éste la cultura de masas de la modernidad se volvía a un tiempo ambigua y precaria.

En *Obra de los pasajes*, Benjamin caracteriza su crítica a la modernidad desde la ciudad y sus múltiples laberintos. Pasajes

que se cruzan con sueños y calles. Su objeto es el laberinto de la propia conciencia humana con su fantasmagoría de ilusiones. Es excavando en ella como pretende revelar el emplazamiento primigenio de la modernidad. Benjamin tiene como objeto la búsqueda de los orígenes de la modernidad en el siglo XIX, para presentar a la conciencia las fantasmagorías del capitalismo. Concientización que las deslegitima. Cual Sócrates, su misión es despertar al mundo de su sueño, buscando despertar el caballo apático europeo abrumado por el sofisma moderno.

De alguna forma es más cerrada su ligazón con Kracauer. Benjamin se convierte en un vagabundo. Recorre las noches de los laberintos urbanos en busca del desecho de esa sociedad, que no es más que el producto de la racionalidad moderna. Marginal. *Trapero-poeta* que se instala en el sótano de la cultura. Aquello a examinar resulta negado por la modernidad. El avance ilimitado de una razón bicéfala. Dios Jano que se presenta como desarrollo científico-tecnológico, y que emancipa a la razón en la guerra y en la posibilidad de transformar la realidad toda. Para Benjamin ese carácter destructivo es reconstructor de una nueva subjetividad. Sujeto racionalizado. Socialmente industrializado. Epoca de racionalización social, industrialización masiva, los

individuos se despersonalizan, pierden su identidad y son objetivados por estructuras homogéneas y universales. El estado como la gran totalización omnicompreensiva planificadora. Benjamin sale a defender al sujeto de la razón. Marginalidad que se traduce en infancia recuperada. Interior que avanza sobre un tendal de muertos que el nazismo proclama racionales.

Los tres autores presentan una posición radicalmente opuesta a la modernidad. Momento de revisión cultural, crisis espiritual, dispersión del sentido, ruptura del pacto. El pacto se reinventa desde el inconsciente, desde lo estético. Vista históricamente la modernidad podía investigarse como un presente eterno, como una realidad contradictoria (y transitoria) y como una prehistoria. Excavar en los secretos de la cotidianidad las raíces de la eterna y presente contradicción moderna. De manera

que estos pensadores van detrás de lo oculto por la racionalidad: lo irracional, lo instintivo, la violencia, los procesos de masificación social.

Sin más que replantearnos una mirada crítica sobre la modernidad, David Frisby nos reposiciona ante el interrogante posmoderno. Casi que esta obra es una excusa para evitar su misma formulación. No por carente de sentido sino, como él mismo sostiene, por prematura. Nos devela las raíces de un proceso que se piensa simbolizado, y al mismo tiempo es autónomo de su origen. La meta es, entonces, volver al origen. Develar lo ocultado. Como termina diciendo el autor: "La mera experiencia de lo siempre nuevo olvida que su condición previa esencial es la sempiterna reproducción de las relaciones sociales necesarias para que lo siempre nuevo aparezca".

Marcelo A. Barbuto